

Hans-Jörg Neuschäfer

Habíamos ganado la guerra.

Sobre la obra de la autora catalana Esther Tusquets¹

De la Feria del Libro de Frankfurt, que, en 2007, estaba dedicada especialmente a Cataluña, quedó Esther Tusquets excluida, del mismo modo que otros importantes autores de su área cultural, por un pecado lingüístico, pues aunque habla catalán, escribe en castellano. Y además de manera inconfundible.

Esto se confirma al leer su último libro –un libro de memorias titulado *Habíamos ganado la guerra* y aparecido a finales del 2007–. Ofrece no solo una lectura placentera sino un montón de informaciones sobre la Barcelona de la dictadura franquista, y esto desde una perspectiva últimamente inusitada en el mercado del libro: la de los vencedores. Pues a éstos pertenecía la familia de la autora que, procediendo de la adinerada burguesía barcelonesa, narra ahora, con su acostumbrada mezcla de sinceridad y sarcasmo, lo que recuerda de su niñez y juventud hasta mediados de los años cincuenta. Al mismo tiempo indica el uso del pluscuamperfecto (“habíamos”) que la narradora, nacida precisamente en el 36, al estallar la Guerra civil, ya no se siente –y desde mucho tiempo– parte de esos vencedores. Exactamente desde el momento con el que termina el libro: el relato de un campamento con la “Sección Femenina” de la Falange (entonces ya bastante antifranquista), a la que la siempre rebelde Esther perteneció durante un tiempo siendo estudiante: “Supe definitivamente, aquella

1 El texto que sigue apareció por primera vez en alemán en el *Neue Zürcher Zeitung* (28.02.2009). Para la traducción castellana ha sido modificado ligeramente. Forma parte de una serie de consideraciones sobre cómo la Guerra Civil y la dictadura franquista se reflejan en la literatura. Últimamente parece que la “cultura de la memoria” que en España comenzó tarde, se está convirtiendo en una especie de industria en la que los intereses comerciales de las editoriales juegan un papel cada vez más importante. Lo que veo también es que muchas veces prevalece aún (o incluso vuelve a prevalecer) cierta autocomplacencia que incluye la correspondiente negación de los ‘otros’. En fin: restos del antiguo maniqueísmo. Lo que escasea es un examen sereno y autocrítico de lo que era (y es) la posición ‘propia’. A esta rara especie pertenece la obra de Esther Tusquets.

noche, que, [...], yo, hija de los vencedores, a pesar de haber gozado de todos sus privilegios y todas sus ventajas, pertenecía al bando de los vencidos” (Tusquets 2007: 276).

1. Recuerdos de infancia y juventud

Todo lo que se cuenta en el libro es interesante, y hay cosas en él que nunca han sido presentadas de esta manera: la entrada en Barcelona de las tropas franquistas por ejemplo, vista con los ojos de la niña de tres años, levantada en vilo por sus entusiasmados padres. El papá sale en este día por primera vez de la casa, en la que estuvo escondido durante tres años. Había desertado del ejército republicano en el que, por fuerza de las circunstancias, tuvo que alistarse y en el que se le había asignado, como médico, la tarea de aplicar el tiro de gracia a aquellos fusilados (de los que en la retaguardia de ambos bandos no hubo escasez) que aún mostraban señales de vida. O: la historia de tío Juan, tan querido por Esther, el sacerdote próximo al régimen, durante algún tiempo incluso al mismísimo Franco. De él no supo Esther, hasta que hace poco lo leyó en una publicación del historiador británico Paul Preston, que había publicado, aún en tiempos de la República, un librito con los nombres de todos los masones de España, del que el régimen, en su caza de brujas después de la guerra, no tuvo más que servirse. Y este libro apareció, encima, en una editorial de la que nació luego la suya propia que, bajo el nombre de “Lumen”, iba a ser una de las casas editoriales más prestigiosas, más exigentes y más críticas del país. O: la historia de cómo su familia la ‘libró’ de su primer gran amor: un modesto director de teatro, indigno de formar parte de la ‘buena sociedad’ y, además, con tendencias izquierdistas. En un caso así no era difícil para los vencedores, que consideraban Barcelona como una especie de coto privado, procurarse la ayuda de la policía y deshacerse de un ‘elemento peligroso’ al que, en este caso, anatemizaron además bajo la sospecha de ser homosexual.

También es interesante lo que se refiere a la vida diaria: los conflictos con una madre a la vez admirada y odiada; los avatares del colegio alemán donde Esther tuvo que ir por razones de prestigio social. Este colegio cultivaba primero un Hitlerismo pronunciado que, reflejándose sobre todo en los ejercicios gimnásticos, hizo sufrir mucho a la poco deportiva y bastante acomplexada Esther que ni sabía

saltar por encima del potro ni subir las barras metálicas por lo que se la sometía al ritual del “Schäm Dich!” (“¡Avergüénzate!”) coreado por todas. Después de 1945, en cambio, se practicaba un *laissez-faire* que la familia juzgaba anárquico, por lo que Esther fue trasladada, durante un tiempo, al colegio suizo. Allí, sin embargo, fue recibida con recelo por ser ‘medio alemana’.

Tampoco tiene pérdida lo que se cuenta sobre las costumbres de la clase alta. Los hombres tenían y sostenían, casi por ‘derecho natural’, una querida, que era considerada en no pocos casos como un alivio por la esposa legítima que se había casado no por amor sino por intereses económicos de las correspondientes familias y a la que se solía recompensar con suntuosos regalos en forma de joyas. Sin embargo, había que observar algunas reglas estrictas. Si un ‘señor’ de esta especie se encontraba, acompañado por su concubina, con una pareja legal y amiga, tenía que esperar *ella*, aparcada a distancia discreta, hasta que *él*, con toda calma, había terminado sus saludos y la charla consiguiente.

Otra perla es el capítulo sobre el Liceo, ese templo de la alta cultura burguesa, ubicado al final de las Ramblas, fundado y erigido por los bisabuelos de la autora (y de otras familias poderosas) para celebrar su propio *splendeur* con la pompa de la gran ópera. Los mejores palcos estaban considerados propiedad privada de las grandes familias que, además, se adjudicaban el derecho de amueblarlos a su gusto y de organizar en ellos recepciones privadas durante las representaciones, sin importarles que pudiesen causar estorbo al público ‘general’. Éste tampoco tuvo, durante los entreactos, acceso al “salón de espejos” reservado en exclusiva a la *haute volée*. Los restos de la rigurosa separación de clases en el templo de las artes tardaron en desaparecer hasta que, en 1994, el Liceo fue (no por primera vez) devastado por un incendio. Cuando, en 1999, volvió a abrir sus puertas, se presentó algo más acorde a los nuevos tiempos democráticos.

En fin: quien quiere saber algo sobre la Barcelona de la burguesía financiera desde la perspectiva de una mujer que procede de ella, se emancipó después y se convirtió finalmente en una de las editoras más consideradas de España y además en una de sus mejores autoras, debe leer el vivísimo relato de Esther Tusquets en *Habíamos ganado la guerra*. Resulta, además, más auténtico y convincente que las siempre algo profesorales reconstrucciones de autores como Rafael Chirbes y

muchos otros que no fueron testigos presenciales de lo que nos cuentan en sus resúmenes posteriores.

2. El lenguaje y el mar

Quien haya leído ya algo de otras obras de Esther Tusquets, habrá reencontrado en el resumen de *Habíamos ganado la guerra* varios temas que se encuentran también en sus textos ficcionales, mejor dicho: autoficcionales (en los que, por otro lado y naturalmente, no todo corresponde a la ‘realidad’): la difícil relación con la madre; la sexualidad, sobre todo la sexualidad femenina (bastante tabuizada todavía en la España de los años setenta); la precaria autoestima de la narradora, también –algo que aún no he mencionado– el amor por el mar.

Hay que destacar sobre todo los cinco textos relativamente cortos y de alguna manera emparentados entre sí, que salieron entre 1978 (*El mismo mar de todos los veranos*) y 1985 (*Para no volver*). En ellos vuelven a aparecer, siempre de nuevo, los mismos nombres (u otros que suenan de manera muy parecida) y se repite en cierta manera la misma constelación de parejas: una mujer que trata de emanciparse es desatendida o abandonada por su marido, se relaciona de manera fugaz pero apasionada con amantes más jóvenes, tanto del otro como del mismo sexo, para volver al final, más por dejadez o cansancio que por convencimiento, a la unión matrimonial y al orden burgués.

Todos ellos no son novelas en sentido estricto. Son más bien narraciones autorreflexivas, incluso autoanalíticas que parten de un momento de crisis actual y de una situación de aislamiento (la casa abandonada en *El mismo mar de todos los veranos*; el encierro y *tête-à-tête* con el psiquiatra en *Para no volver*) para adentrarse de una manera casi obsesiva en los traumas no superados de la niñez y juventud durante los años de la dictadura, rememorando –eso sí– muchas cosas, pero sin encontrarse realmente a sí misma y a la posición que debe ocupar en medio de sus circunstancias.

Estas narraciones contienen, al lado de un carácter psicoanalítico, también cierto anhelo de liberación, incluso de redención. Si bien es cierto que Esther Tusquets ‘en persona’ ya no se siente ligada a la religión de su infancia, tampoco deja de ser cierto que los ejercicios espirituales del examen de conciencia siguen siéndole familiares. Esto se nota claramente en el estilo tan peculiar que caracteriza todos sus

textos narrativos: frases casi interminables que parecen flotar a través de múltiples paréntesis y asociaciones de ideas. Solo si uno se deja llevar de ese fluir como cuando se confía a las olas interminables del mar (la comparación es insinuada desde el primer texto) se da cuenta de que este lenguaje, lejos de ser oscuro, ilumina el laberinto del alma que trata de explorar. Solo entonces se ve también dónde está la verdadera fuerza de Esther Tusquets: No tanto en el uso de un punto de vista femenino o feminista (por lo que, al principio, fue muy alabada en los *gender studies* de universidades norteamericanas); tampoco por defender la emancipación femenina y ni siquiera por sobreponerse a los tabúes sexuales, a lo que, sin embargo, debemos la luminosa expresividad de no pocas escenas de amor en su obra.

Su fuerza fundamental está en la invención de un lenguaje que hace posible una introspección inexorable y que conoce solamente *una* meta verdadera: ser hasta el máximo sincera consigo misma. Esto induce a la narradora a seguir escrupulosamente cada hilo de pensamiento o de reminiscencia. Es aquí también donde hay que buscar la verdadera razón de la ‘marea’ de sus frases que corresponde al flujo inagotable en su fuero interior. Lo que diferencia esta introspección de un ‘examen de conciencia’ en el sentido religioso es más que nada la presencia constante del humor, del sarcasmo y de la autoironía —que ponen límite a la tentación de la autocomplacencia y ayudan a rebajar eventuales brotes de melodramatismo—.

Esto se ve sobre todo en *Para no volver* donde se cuenta la historia de un psicoanálisis y se dobla, pues, el acostumbrado autoanálisis por un análisis efectuado por otro. Se podría decir también que *Para no volver* narra el análisis de un análisis. Esto conlleva, naturalmente, múltiples duelos y conflictos, divertidos y sarcásticos, entre dos ‘analistas analizados’ y, además, bastantes alusiones satíricas hacia los viejos *super-hombres* del gremio: ‘Papa’ Freud y los ‘tíos’ Jean Paul (Sartre), Lacan y Reich, sin olvidar al ‘abuelo’ Marx.

En resumidas cuentas se nos presenta la obra de Esther Tusquets como un gran psicoanálisis, no solamente privado sino también social, y como un lento proceso de acercamiento a sí misma —un proceso que con *Habíamos ganado la guerra* va llegando a su fin—. Ahora, a los setenta y un años de edad, habla Esther abiertamente de sí misma y se muestra acorde con lo que es la base y el origen de su vida. Es esta una posición de la que la maquinaria de la memoria que en España

comenzó a funcionar tarde pero que ahora va a toda marcha, está en general aún bastante lejos, sobre todo porque prevalece, en ambos bandos, todavía la autojustificación e incluso el fariseísmo –tentaciones de las que Esther Tusquets se ha ido liberando en un largo proceso de autocritica–.

Bibliografía

- Tusquets, Esther (1978): *El mismo mar de todos los veranos*. Barcelona: Lumen.
— (1985): *Para no volver*. Barcelona: Lumen.
— (2007): *Habíamos ganado la guerra*. Barcelona: Bruguera.